

LA ESCUELA DE LA AMÉRICAS: POR QUÉ TORTURAN LOS MILITARES

Beatriz Brinkmann¹

Es penoso constatar que la aplicación de torturas y malos tratos continúa siendo una práctica cotidiana en nuestro país. Los sectores más afectados son los reos en las cárceles, los conscriptos que realizan su servicio militar obligatorio, los jóvenes en situación de pobreza y miembros de la etnia mapuche que luchan por sus derechos territoriales.

Si bien en la actualidad la tortura ya no es aplicada en forma masiva y sistemática como sucedió durante la dictadura de Pinochet, hasta el momento los poderes del Estado no han tomado ninguna medida realmente efectiva para evitar que una situación similar se pueda repetir en el futuro. La impunidad de que siguen gozando los torturadores de ayer resta gravedad en el imaginario social a un delito reconocido por la comunidad internacional como crimen de lesa humanidad y podría alentar su reestreno cuando se considere llegado el momento para ello.

Por otra parte, este riesgo latente se ve reforzado por el hecho de no haber cambiado casi nada en la formación ideológica de los militares, la cual constituyó la base de sustentación de las violaciones a los derechos humanos por ellos cometidas.

En este contexto merece especial preocupación que se continúe enviando a miembros del Ejército a cursos de formación dictados en Estados Unidos por la tristemente célebre Escuela de las Américas, la que hoy opera bajo el nombre de Instituto de Cooperación para la Seguridad Hemisférica.

SOA y SOA Watch

La Escuela de las Américas, SOA según su sigla en inglés, fue creada en 1946, en plena guerra fría, en la zona del canal de Panamá administrada por Estados Unidos, con el objetivo de adoctrinar a oficiales latinoamericanos en la lucha anticomunista. Se trataba, en la práctica, de inculcarles la llamada “doctrina de seguridad nacional”, a fin de convertirlos en herramientas útiles para combatir al “enemigo interno”, es decir, a los “comunistas”, designación que incluía a todos los partidarios de profundas transformaciones sociales que podrían poner en riesgo los intereses de EE.UU. en los países considerados su “patio trasero”.

Para comprobar la efectividad de esta táctica imperialista baste recordar que por la Escuela de las Américas pasaron dictadores como Leopoldo Galtieri de Argentina, Hugo Bánzer de Bolivia,

¹ Profesora de Estado; M.A. y Dr. Phil. de la Universidad de Marburg, Alemania.

José Efraín Ríos de Guatemala, el jefe de los Escuadrones de la Muerte en El Salvador, Roberto D'Aubuisson y, obviamente, Augusto Pinochet.

En 1984 la ya desprestigiada academia para golpistas fue trasladada por el Presidente Jimmy Carter a Fort Benning, en el estado de Georgia. Sin embargo, nada cambió en la preparación de soldados y oficiales latinoamericanos para el despliegue de una lucha contrainsurgente con brutales y sofisticados métodos represivos.

En 1990 el sacerdote norteamericano Roy Burgeois, impactado por los crímenes cometidos por ex-alumnos de la Escuela de las Américas, creó SOA-Watch, vale decir, el Observatorio de la Escuela de las Américas, al que pronto adhirieron víctimas y detractores del involucramiento de Estados Unidos en los conflictos internos de otros países. El movimiento hizo denuncias públicas sobre la “escuela de asesinos” y organizó protestas pacíficas en Fort Benning, lo que a Roy Burgeois y otros activistas les ha costado cuatro o más años de cárcel.

En 1996 el movimiento logró filtrar a la prensa norteamericana manuales de entrenamiento utilizados en la academia militar, en los que no sólo se aconsejaba la aplicación de tortura, sino, además, se capacitaba en la ejecución de diferentes técnicas físicas y psicológicas, entre otros conocimientos especializados. El escándalo que provocó esta información motivó al Congreso de EE.UU. a decretar en el año 2000 el cierre de la institución.

Sin embargo, poco duró la alegría de SOA-Watch por este importante logro, ya que apenas un año después la academia fue reabierta en el mismo lugar, en los mismos edificios, con los mismos instructores, sólo bajo otro nombre: Instituto para la Cooperación en Seguridad del Hemisferio Occidental, WHINSEC. Está claro que conforme a la perspectiva norteamericana su propia seguridad implica que exista “seguridad” en los demás países del hemisferio, es decir, regímenes que compartan el modelo económico neoliberal que garantiza sus propios intereses. Y una vez más han apostado a que serán las fuerzas armadas latinoamericanas las que impedirán -a sangre y fuego si fuere necesario- cualquier cambio sociopolítico que implique modificar o reemplazar el modelo económico en aras de una mayor justicia social.

Por este motivo, además de mantener su práctica de realizar una manifestación pacífica con miles de activistas el día 19 de noviembre de cada año en Fort Benning exigiendo el cierre de la academia militar, el Observatorio de la Escuela de las Américas ha optado por contribuir a crear conciencia en los propios países latinoamericanos sobre los nefastos efectos de la formación impartida por dicha institución. Con este objetivo, Roy Burgeois y otros integrantes del movimiento han visitado diferentes países, donde han sostenido conversaciones con altos representantes de los respectivos gobiernos, logrando de este modo que tanto Brasil como Venezuela, Uruguay y Argentina suspendieran el envío de militares a SOA/WHINSEC.

Chile y la SOA

Lamentablemente, en el caso de Chile la visita de los activistas de SOA-Watch, realizada a fines de agosto de 2006, no tuvo tan buenos resultados. Los militares chilenos tienen el dudoso prestigio de contarse entre los más asiduos concurrentes a la Escuela de las Américas. Desde 1951 más de 3.500 oficiales y suboficiales han pasado por sus aulas. Durante la última década ha sido el país de la región que aportó el mayor contingente de alumnos, siendo superado sólo por Colombia en los dos últimos años.

En Fort Benning se formaron Manuel Contreras, creador y jefe de la Dirección de Inteligencia Nacional, DINA, y Humberto Gordon, director de su sucesora CNI, así como numerosos agentes hoy procesados por su activa participación en graves violaciones a los derechos humanos, como Miguel Krassnoff, Alvaro Corbalán, Carlos Herrera Jiménez y Armando Fernández Larios.

El propio Ejército informó que durante 2006 un total de 170 alumnos asistió a la academia militar para prepararse en diferentes disciplinas, siendo el curso de liderazgo el que concentró la mayor cantidad de estudiantes, con 135 cupos destinados a los alumnos de cuarto año de la Escuela Militar. Cabe preguntarse: ¿qué clase de líderes se están formando?, ¿serán los futuros jefes de una nueva DINA o CNI?

En su visita a Chile Roy Burgeois y sus colaboradores fueron recibidos por la entonces ministra de Defensa Vivianne Blanlot, quien les señaló que “sugeriría” que Chile se abstenga de seguir enviando militares al instituto WHINSEC, ya que la decisión final no era de su cartera sino del Ejército. Esto parece inconcebible al haber transcurrido ya más de 16 años desde el término de la dictadura militar y en un país que se precia de tener una sólida democracia, pero efectivamente es así.

Por su parte, el Ejército defendió su opción por seguir haciendo uso de los cursos ofrecidos por WHINSEC. A través de su departamento comunicacional respondió a la inquietud manifestada por el presidente de la Comisión de Defensa de la Cámara de Diputados, Patricio Hales, señalando que “desde nuestra perspectiva el citado instituto mantiene una oferta académica y de convenios que satisface los requerimientos del Ejército y no se orienta a lo que usted señala [violaciones a los derechos humanos]”, agregando que “constituye un importante elemento motivador en el personal del cuadro permanente, sirviendo como una herramienta para incrementar sus conocimientos profesionales, a partir de la misión definida por este organismos de apoyar los principios de la OEA”.²

Por su parte, el propio WHINSEC en su página web oficial se autodefine como un instituto encargado de difundir valores democráticos y hace hincapié en los cursos de derechos humanos que ofrece como materias electivas. Sin embargo, en ningún momento se desmarca de su

² La Nación Domingo, 3 de septiembre de 2006

predecesora, la Escuela de las Américas; por el contrario, señala que la gran mayoría de los oficiales graduados en ella “contribuyó positivamente a la transición de la región a la democracia”.³

“Salvadores de la patria” contra “humanoides”

Es preciso comprender que la nefasta influencia ejercida por la formación impartida en la academia militar norteamericana no depende tan sólo de que se dicten o no cursos sobre técnicas de tortura o cursos sobre derechos humanos. La instrucción en métodos concretos de tortura, por muy grave que sea, constituye sólo un aspecto circunstancial. Lo fundamental en la formación de un potencial torturador está dado en el modo cómo se moldea su espíritu, concretamente su espíritu de cuerpo, ése que distancia al militar de la sociedad civil. Al mismo tiempo que se fomenta su orgullo de ser soldado, se alimenta el desprecio por la sociedad civil, en especial por los sectores progresistas, por aquellos que luchan por sus derechos económicos, sociales y culturales conculcados. Quien está imbuido del orgullo de formar parte de los “salvadores de la patria”, quien identifica a la “patria” con el modelo económico neoliberal imperante, será herramienta fácilmente dispuesta a combatir y destruir a cualquiera que a su entender esté atentando contra aquella.

Como señala la psicóloga de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano Daniella Mirone, *«...no se nace torturador, se deviene tal por la construcción deliberada e intencional -en el verdugo- de la pérdida de la capacidad de empatía. La pérdida de esta capacidad es un punto de llegada, el final de un proceso de desafiliación con el mundo común y de afiliación a un mundo decididamente aparte. Pero antes de la interrupción de esta capacidad de empatía, se procede a un incremento del conocimiento y de la capacidad de predecir el pensamiento de los otros, y la necesidad de pensar al otro como un no-humano»*⁴.

Es inútil esperar que el actual comandante en jefe del Ejército, general Oscar Izurieta, quien como un ex alumno más de la Escuela de las Américas comparte el mismo espíritu de cuerpo, pueda mirar con ojos críticos la formación que allá se imparte.

Baste recordar cómo ese espíritu de cuerpo quedó de manifiesto durante el funeral de Pinochet. Comentando esta situación en una entrevista periodística, el analista del Centro de Estudios Estratégicos de la Universidad ARCIS, Carlos Gutiérrez, remarca que *“la institución militar, hablando genéricamente, es un tramado organizacional muy complejo, que está compuesto no sólo de codificaciones legales que regulan casi todos los aspectos de su vida y desarrollo, [...] sino*

³ Ibid.

⁴ Mirone, Daniella. 2006. *Violencia Política: Aproximaciones a una lectura etnopsicoanalítica de la tortura como experiencia traumática*. En: Castalia, Revista de Psicología, U. Academia de Humanismo Cristiano. Año Octavo, N° 11.

también, y quizás con tanto más fuerza que lo anterior, de un conjunto de códigos, lenguajes, discursos, simbolismos que están ambientados en una estética que le da soporte carismático, que le refuerza la idea primigenia de un grupo selecto de la sociedad, que se expresa en su autodefinición de una profesión vocacional como ninguna otra".⁵

En este marco es coherente que las fuerzas armadas sigan interpretando el 11 de septiembre como *"gesta' iniciática que abre un período de sacrificio [...] que culmina con el éxito de la 'misión' -la visión paroxista del ethos militar- que es haber hecho de Chile un estado moderno y desarrollado"*.⁶

Por eso, ante la "grandeza" de la obra de Pinochet, para el general Oscar Izurieta la situación de los derechos humanos sólo constituye *"el aspecto más controvertido de su gestión"* (ibid), como señaló en su despedida del dictador.

De nada han servido los cursos de derechos humanos ofrecidos por WHINSEC, si las fuerzas armadas siguen considerándose entes superiores y son incapaces de comprender que la dignidad es inherente a todo ser humano por igual y que el respeto a la dignidad humana debiera ser el principio fundante de su accionar; si continúan convencidas de que el fin justifica los medios, incluso cuando esos "medios" son la tortura, el asesinato, la desaparición forzada, que califican como "aspectos controvertidos", pero que no rechazan de plano. Sobre la base de ese relativismo moral cualquier discurso de un "nunca más" no es más que palabra hueca.

Ante esa realidad es altamente preocupante tener que constatar las graves limitaciones a que sigue sometida la llamada democracia en nuestro país. En una verdadera democracia le correspondería a la sociedad civil y concretamente a los poderes del Estado que la representan, controlar a las instituciones en quienes delegó el monopolio de la fuerza, velar por que en el futuro no sean nuevamente los militares quienes determinen los designios de la nación con un costo tan alto para el pueblo como el que significó la dictadura de Pinochet.

Es inconcebible que pasados más de 16 años desde el término de ésta, las fuerzas armadas sigan tomando decisiones tan trascendentales para la sociedad en su conjunto como la adquisición de material bélico o el tipo de formación que reciben sus oficiales, sin posibilidad alguna de control por parte del ejecutivo o del legislativo. Es casi irrisorio -si no fuera tan grave- que, como única medida para poder impedir que continúe la formación de militares en SOA/WHINSEC, el diputado Alejandro Navarro anuncie que vetará la destinación de recursos para ello en el presupuesto.⁷⁶

Al respecto, en el segundo manifiesto de un selecto grupo de historiadores se señala: *"Para que el 'nunca más' sea histórica y políticamente efectivo se requiere, en primer lugar, que la ciudadanía eduque y reeduque a los grupos e instituciones que, de hecho y por derecho ilegítimo,*

⁵ El Mostrador, 15 de diciembre de 2006.

⁶ Ibid.

⁷ El Mostrador, 4 de septiembre de 2006.

se han convertido en poderes fácticos que violan la soberanía ciudadana. En segundo lugar, se requiere que la ciudadanía se eduque a sí misma como poder soberano, para hacer posible no sólo la desaparición de las políticas de represión y tortura contra un supuesto “enemigo interno”, sino también para construir una sociedad más democrática, participativa y con una distribución más justa de las riquezas que produce”.⁸

Lo que necesitamos como país es que de una vez por todas se restablezca una democracia plena, en que las fuerzas armadas estén subordinadas al poder civil y éste se constituya sin exclusiones arbitrarias. Una democracia que tome sin dilaciones las medidas necesarias para evitar que en Estados Unidos o en el propio país se sigan formando sus potenciales verdugos.

Revista Reflexión N° 33, Ediciones CINTRAS, Santiago de Chile, marzo de 2007.

⁸ Manifiesto de historiadores (contra los que torturan a nombre de la patria). Santiago, diciembre de 2004.